

LETANÍA DE LA ESPERANZA

Paño de rabias, tú nos secas
el bronco llanto. Melificas,
insomne abeja, nuestras llagas.
Blanda almohada, tú, esperanza,
mas no almohada que aletarga:
sobre tu enfaldo reclinado
siente este sueño tan despierto.

Mañana existe. Caminamos.
Tapias finales ni la noche
ni el horizonte son: puertas difíciles.
Y tu, la llave.

Y tú la llave, clavo ardiendo,
celeste piedra al rojo vivo.

Qué alertamente nos lastimas.
Con nuestras ansias te apuñamos,
y hasta la sangre, hasta los huesos,
hasta las últimas raíces
cala tu ardiente mordedura.

Cuando las hambres agonicen
(todas las hambres: hasta la última),
abre tu ausencia entre los hombres.
Mas, entre tanto, que tu vientre
nos dé a luz cada día. Así sea.

ÚLTIMO ROSTRO DE ANTONIO MACHADO

Herraduras de fuego
pasaron en tropel. Cayeron hachas
del cielo. Vomitaron
óleos hirvientes los veneros,
mientras vientos hostiles enfrentaban
en la tarde iracunda
las uñas del simún con la cellisca.

Esto quedó del campo humilde
pero pródigo en sotos de ternura,
de aquella tierra melancólica,
pero también risueña, porque a veces,
en algún olmo seco del camino,
la esperanza hacía señas.

Esto tan sólo.

El alto muro
ahumado de la frente y ese gesto
de atónita congoja donde aflora
la prematura calavera.

MANUEL GONZÁLEZ SOSA